

vejeciones hasta encontrarles el remedio, se parece á la de los seres privados de inteligencia. Aunque sentía vivamente las injurias, y conservaba de ellas largo recuerdo, su cólera le arrastró tan raras veces á delinquir que casi todas sus venganzas personales fueron actos de profunda política.

Gracias á esta singular serenidad, tenía á mano todos los recursos de su ingenio, uno de los mas fecundos que ha existido. Así ninguna complicacion de peligros y de obstáculos le causaba la mas pequeña perplejidad. Aunque surgieron en derredor de él imprevistas y graves dificultades, halló inmediatamente el medio de superarlas. Estos medios, preciso es confesarlo, no eran siempre justos, honrados, humanos; pero casi nunca dejaban de dar en el blanco.

Ademas de esta facultad extraordinaria, Hastings poseía en grado eminente el talento, no ménos indispensable en su posicion, de entablar y sostener una controversia política. Como un hombre de Estado debe necesariamente en Inglaterra saber hablar en público, así debe en la India saber escribir. Entre todos los despachos dirigidos á la Compañía por sus muchos agentes, los mas notables son fuera de duda los de Hastings. En este particular nadie pudo rivalizar con él, y hasta el mismo Francis debió confesarlo. Ningun otro gobernador supo exponer mejor un asunto, oscurecer lo que era útil sustraer á las miradas, y aclarar lo que debía atraer la atención. Su estilo, sin embargo, no está exento de defectos; generalmente enérgico, puro, limado, se convertía á menudo en ampuloso y dos ó tres veces se levantó, ó mejor dicho, cayó en el estilo apasionado. Quizá la pasión de Hastings á la literatura persa contribuyó á corromper su gusto.

Dió juiciosos estímulos á las ciencias y á las letras. No llevó á la India los conocimientos del Occidente, no enseñó á la juventud de Bengala á apreciar á Milton y á Adam Smith, no sustituyó la geografía, la astronomía y la medicina de Europa á los errores de la superstición bramínica y á la ciencia imperfecta de los antiguos Griegos, transmitida por los Árabes á los habitantes de las orillas del Ganges; misión reservada á un gobernador mas virtuoso que Hastings.

Sin embargo, este calculista, separado de sus libros de cuentas para ponerle de improviso á la cabeza de un inmenso imperio, oprimido por cuidados de todas clases, rodeado de otros hombres no ménos activos, alejado miles de leguas de toda sociedad literaria, dió con el ejemplo y con la munificencia un grande impulso al saber. Conocía á fondo la literatura de los Persas y de los Árabes, y aunque ignorante del sanscrito, estimuló á los filólogos que enseñaron por primera vez esta lengua á la juventud europea, y fué, por decirlo así, el fundador de la Sociedad asiática. Este célebre cuerpo le nombró su primer presidente; pero él tenía demasiado juicio

y modestia para aceptar, é hizo que se eligiese á sir Cuillermo Jones. Hasta entónces los doctores bramínicos de Bengala se habian mostrado muy recelosos de todas las tentativas de los Europeos para penetrar los grandes misterios contenidos en el dialecto sagrado. Los mahometanos habian perseguido la religion; la conducta observada por los Portugueses les inducía á temer las persecuciones de los Cristianos. Gracias á la prudencia y á la moderacion de Hastings, depusieron este legítimo temor. De todos los soberanos extranjeros, fué el primero que llegó á captarse la confianza de los sacerdotes hereditarios de la India, y que los decidió á revelar á los sabios ingleses los secretos de la antigua teogonía y jurisprudencia de los bramanes.

En el grande arte de inspirar á poblaciones enteras sentimientos de confianza y de afecto, Hastings no ha tenido igual. Jefe de un pequeño ejército de extranjeros que ejercía una autoridad ilimitada sobre millones de indígenas, se hizo respetar y amar de los vencidos y de los vencedores, de aquellos innumerables rebaños de esclavos y del corto número de señores. Todos los empleados civiles le daban asiduas pruebas del ardor y la constancia de su adhesión. Los soldados le adoraban; y ningun ejército tributó jamas un culto igual á los mas ilustres generales que le guiaron á la victoria. Gozaba entre los naturales de un favor que pudieron merecer, pero que no obtuvieron otros gobernadores. Hablaba su lengua con facilidad y precision, conocía sus costumbres, comprendía sus sentimientos. Una ó dos veces la gravedad de las circunstancias, la importancia de los resultados necesarios, le decidieron á ponerse en abierta lucha con sus opiniones; pero entónces ganó mas en respeto que lo que perdió en amor. En general, evitaba con cuidado cuanto tendía á ofender las preocupaciones nacionales ó religiosas del país. Su administracion era bajo ciertos conceptos muy imperfecta y defectuosa; pero al Bengales debía necesariamente parecerle muy superior aquellas con que la comparase. Las fuerzas inglesas protegían sus sembrados contra las invasiones anuales de los Maratas, de modo que nunca habia disfrutado mayor seguridad; los mas entrados en años no recordaban haber visto época mas próspera. Era la primera vez que en algunos siglos el gobierno de aquellas ricas y desgraciadas comarcas habia sido bastante fuerte para aterrar á los ladrones que constantemente las asolaban, y bastante honrado para no saquearlas él mismo. Ademas, los incesantes triunfos de Hastings y el admirable talento con que vencía todas las dificultades, le conciliaban una admiracion supersticiosa: la régia magnificencia que ostentaba á veces, deslumbraba á aquellos pueblos, fáciles de seducir y de divertir, como niños. Aun hoy, despues de casi sesenta años, los habitantes de la India hablan de Hastings como del mas insigne genio de la Inglaterra; y las

madres, para dormir á sus niños, les cantan baladas populares, alusivas á los rápidos corceles y elefantes ricamente enjaezados de Sabid Waren Hostein.

No quiera Dios que yo trate de atenuar las grandes culpas de Hastings; mas para adaptar el castigo al delito, ¿no es preciso atender al verdadero motivo que ha inducido á obrar al culpado? Consideradas en sí mismas, sus intenciones eran dignas de elogio. Si conculcó sin pudor ni remordimiento las reglas de la justicia, si sofocó en sí mismo los sentimientos de humanidad, si violó la fe debida á los tratados, fué porque, respetando las leyes divinas y humanas, cediendo á los impulsos de su corazón, observando escrupulosamente la palabra dada, hubiera podido perjudicar los verdaderos intereses del Estado. No era ambicioso para sí, sino para el país; sacrificó su reputacion al engrandecimiento de Inglaterra. Repruébense los actos, pero respétese los motivos. Hastings no estaba ávido de dinero: si hubiese tenido este defecto, que sus enemigos le imputaron, habria sido á su vuelta á Inglaterra el particular mas rico de Europa. Su mujer, ménos escrupulosa, admitía los regalos con vergonzosa premura, y se formó, sin conocimiento de su marido, un tesoro privado; pero las riquezas que Hastings llevó á su patria, podia fácilmente haberlas reunido en tan largo espacio de tiempo con sus legítimas economías.

Despues de una travesía de cuatro meses, desembarcó Hastings en Plymouth en junio de 1785; y ya en Londres, se presentó en la corte, y fué á visitar á los directores en Leadenhall-street, retirándose en seguida con su mujer á Cheltenham. La acogida que recibió le dejó muy complacido. El rey le recibió con particular distincion: la reina se habia expuesto ya á violentas censuras con el favor que, á pesar de la severidad ordinaria de su virtud, habia mostrado á la elegante Mariana; no se manifestó, pues, ménos agradable con Hastings. Los directores le recibieron en solemne sesion, y el presidente le leyó un voto de gracias acordado por unanimidad. En una carta escrita por Hastings tres meses despues de su llegada decia: « Por lo que veo y oigo, poseo el aprecio de mis conciudadanos. »

Satisfaccion y tranquilidad tanto mas sorprendentes cuanto que conocía ya á aquella hora los proyectos de sus enemigos. Á la semana de su desembarco en Plymouth, habia anunciado Burke á la cámara de los Comunes que queria acusar á un personaje recientemente llegado de la India, pero la legislatura se hallaba entónces demasiado adelantada. Hastings no comprendió el peligro de su situacion; parecia haber perdido aquel discernimiento, aquella prontitud en inventar recursos, en una palabra, todas las cualidades de que dió en la India tan brillantes pruebas. Sus facultades mentales no habian padecido nada; pero como dijo bien Grattam, no se puede trasplantar una encina

de cincuenta años. Cualquiera que deja muy jóven á Inglaterra, y vuelve despues de treinta ó cuarenta años de residencia en la India, se convence de que, por grandes que sean sus talentos, debe aprender ó olvidar muchas cosas, si aspira á figurar entre los hombres de Estado de su país. Cercado de nuevas máquinas, atacado con una táctica que desconoce, se encuentra embarazado como hubiera sucedido á Anibal en Waterloo, ó á Temístocles en Trafalgar. Su perspicacia le desvia, su propia fuerza le hace tropezar á cada paso. Tal fué la posicion de Hastings; en la India tenia mal juego, y sin embargo ganaba todas las partidas; en Inglaterra las cartas eran excelentes, pero no sabía jugar: sus errores le condujeron al borde del precipicio.

El mas grave fué quizá la eleccion de un defensor. Clive habia tenido la suerte de confiar su causa á Wedderburn, que fué despues lord Loughborough, abogado tan elocuente en la cámara como en el tribunal. Hastings fió su defensa á un tal Scott, mayor del ejército de Bengala, antiguo agente del gobernador general. Recompensado con demasiada magnificencia y nombrado á su vuelta de la India individuo del parlamento, no podia tener aquella autoridad propia de una posicion independiente. Faltábanle ademas los talentos necesarios para ocupar la atención de una asamblea que, acostumbrada á admirar grandes oradores, habia llegado á ser muy difícil de contentar. Las cartas que escribía casi diariamente á los principales periódicos, bajo el nombre de *Asiaticus* ó *Bengalensis*, los opúsculos que publicaba cada mes en honor de su cliente, no obtenian mejor éxito que sus discursos. Como prueba de su gusto y de su criterio, baste decir que hablando del hombre mas eminente de la época, decia: « Ese reptil de Burke. »

Sin embargo, á pesar de esta mala eleccion, el triunfo de Hastings pareció al principio seguro. El rey le era favorable: ardientes partidarios, la Compañía y sus agentes; entre los hombres políticos contaba con lord Mansfield y lord Landsdowne: á excepcion de Dundas todos los ministros estaban de su parte; y en particular el lord canceller Thurlow defendía su causa con escandalosa violencia. Pitt, aunque habia censurado algunos actos de la administracion de la India, no profirió jamas una palabra áspera contra su gobernador; antes bien confesó á Scott en audiencia particular, que Hastings era un hombre admirable, digno de todos los favores del gobierno; queria elevarle á la dignidad de par; pero el voto de censura registrado en los libros de la cámara de los Comunes le impedía esta recompensa. Dundas disenta, pero ¿qué podia hacer sin sus colegas? Hastings debía, pues, contar con el apoyo del ministerio, y este ministerio era omnipotente.

La oposicion era mas violenta cada dia; pero por formidable que la hiciesen la riqueza, la

influencia, los talentos y la elocuencia de algunos individuos, no prevalecía en el parlamento, y tenía contra sí la opinión pública.

Por lo demás vacilaba en aventurarse á empresa tan larga, incierta, difícil y peligrosa, como la de atacar á un gobernador de la India. Sus jefes prefirieron deshonrar á Hastings ántes que proceder contra él: aprovecharon todas las ocasiones de unir su nombre al de los más execrables tiranos. Los ingenios de la época lanzaban sus más finos dardos contra la vida pública ó privada del gobernador, sacando á relucir los regalos hechos por él á la reina. Un poeta propuso que las grandes acciones del esposo actual de la hermosa Mariana fuesen eternizadas por el pincel de su predecesor, y que Imhoff se encargase de pintar en las paredes de la cámara de los Comunes á los Rohilla degollados, á Nuncomar en el patíbulo, á Scheite Sing en el acto de precipitarse al Ganges. Otro poeta, parodiando la tercera égloga de Virgilio, preguntaba cuál era la piedra preciosa cuyo brillo había podido hacer á la más austera princesa amiga íntima de una dama galante. Estas sátiras, y quizá la proposición de un voto de censura, hubieran satisfecho á la mayor parte de la oposición; pero había dos hombres cuya indignación no podía calmarse de ese modo: Felipe Francis y Ermundo Burke.

Francis, nombrado hacia poco individuo de la cámara de los Comunes, había adquirido gran reputación de habilidad y de talento. Es verdad que hablaba con dificultad; pero á veces se explicaba con la dignidad y energía propias de los más insignes oradores. Pocos días después de entrar en el parlamento, provocó el desagrado de Pitt, que le trató en adelante siempre con dureza en cuanto se lo permitían las formas parlamentarias. Por lo demás Francis conservaba, en todo su vigor y acritud, el odio que había traído de la India. Según su costumbre, había convertido la cólera en virtud, alimentándola como enseñan los predicadores á fomentar nuestras buenas inclinaciones, y haciendo alarde de ella en todas circunstancias con farisáica ostentación.

La indignación de Burke era más ardiente, pero más pura. Hombres incapaces de comprender la elevación de sus ideas trataron en vano de atribuir á vergonzosos motivos su violencia y tenacidad. La conducta de Burke no necesita explicaciones. Hastings se había hecho culpado de grandes delitos, y con solo imaginarlos sentía Burke hervir su sangre, como sucedía á Las Cásas y Clarkson cuando se trataba de los padecimientos de los demás hombres. Consagró como ellos muchos años de su vida á la venganza de un pueblo al que no le ligaban nacionalidad, lengua ni religión, y del que no debía esperar ni reconocimiento, ni gratitud, ni aplausos.

Burke conocía la India mejor que la mayor parte de los Europeos que habían pasado allí muchos años; había estudiado la historia, las

leyes, los usos del Oriente con una paciencia que rara vez va unida á tanto genio y sensibilidad. Otros escritores han llegado quizá á reunir tantos materiales como él; pero ninguno ha sabido aprovecharse de ellos mejor. De aquellos documentos oscuros ó informes su razón extrajo cuanto contenían de útil; su imaginación los animó y les dió color; la India y sus habitantes no fueron para él lo que para sus compatriotas, es decir, simples nombres y abstracciones, sino un verdadero país que había visitado, un verdadero pueblo en que había vivido. El sol ardiente, la extraña vegetación de la palmera y del cocotero, los campos de arroz y las fuentes, los árboles inmensos, tan antiguos como el imperio del Mogol, á cuya sombra se reúne una aldea entera, el techo de paja de la cabaña del campesino, y las ricas cúpulas de la mezquita donde el imam hace oración con la cabeza vuelta á la Meca; los tambores, las banderas, los ídolos grotescos, el fanático suspendido en el aire, la graciosa joven que, con el cántaro en la cabeza, baja las gradas que conducen al Ganges; los negros rostros, las barbas largas, las listas amarillas, señal de las diversas sectas; los turbantes y los vestidos en ondas, las lanzas y las mazas de plata, los elefantes con sus regios pabellones, las magníficas literas del príncipe y de la noble dama; Burke vivía en aquel mundo, como si aquel mundo se moviese realmente entre Beaconfield y la calle de San James. Veía toda la India á la luz de su entendimiento, empezando por las salas donde los pretendientes depositan el oro y los perfumes al pie de los soberanos, hasta los pantanos en cuyo centro se encuentran los campos de los Zingalos; desde los bazares, frecuentados por una agitada multitud, hasta los sitios cenagosos donde el solitario correo sacude su sarta de anillos de hierro para alejar á las fieras. Conocía tan exactamente la insurrección de Benares como las sediciones de lord Jorge Gordon, el suplicio de Nuncomar como el del doctor Dodd, y no distinguía la opresión ejercida en Bengala de la practicada en las calles de Londres.

Burke vió que Hastings se había hecho culpado de algunos actos que no admitían justificación; y excitadas que fueron su imaginación y sus pasiones, le trasportaron más allá de los límites de la justicia y del sano juicio. Su razón, aunque vigorosísima, se sometió á sentimientos que hubiera debido dominar; y su indignación, ántes virtuosa, tomó poco á poco todos los caracteres del odio personal. Si bien generoso y benévolo, había sido siempre muy irritable; y las enfermedades físicas, unidas á los dolores morales, le volvieron casi selvático. Tenía la conciencia de su talento y de sus virtudes, y en edad avanzada, hallándose poco menos que indigente, era odiado de una corte pérfida y de una nación ciega. El parlamento no comprendía ya su elocuencia; una nueva generación, que no le había conocido, llenaba la

cámara de los Comunes. Si se levantaba para hablar, su voz era ahogada por las interrupciones injuriosas de los jóvenes que lloraban aun en la cuna cuando sus discursos arrancaban los aplausos del gran conde de Chatham. Todas estas causas habían producido en aquella alma altiva y sensible un efecto que no debe sorprendernos. No podía discutir ya una cuestión con la debida calma, ni admitir la más leve disidencia de opinión. En el proceso de Hastings, como en las discusiones sobre el tratado de comercio con Francia, sobre la regencia, sobre la Revolución francesa, Burke se mostró siempre grande y honrado, arrastrándose hasta la extravagancia aquella ardiente sensibilidad que dominaba todas sus demás facultades.

Sin embargo, ni la antipatía personal de Francis, ni la indignación más noble de Burke hubieran inducido á la oposición á acusar á Hastings, si este hubiese observado una conducta más juiciosa. No debió olvidar nunca que los grandes servicios prestados á su país no habían borrado sus muchos delitos; y así debió contentarse con evitar un proceso merecido, sin aspirar á los honores del triunfo. Pero Hastings y su agente esperaban con impaciencia las recompensas que se habían, por decirlo así, prometido conseguir, cuando la ira de Burke se aplacase, y decidieron empeñar un combate decisivo. El día que se abrió la legislatura de 1786, preguntó el mayor Scott á Burke si pensaba verdaderamente intentar una acusación contra el último gobernador general. La oposición se vió, pues, obligada á recoger el guante que se le arrojaba, ó á declararse culpada de difamación y calumnia. Sus jefes dieron la sola respuesta que el honor permitía y se decidieron á proceder irrevocablemente contra Hastings ante la cámara.

Burke pidió primero que le comunicasen todos los documentos relativos al asunto. Los ministros le negaron parte, y sus discursos en este primer debate confirmaron la opinión esparcida generalmente de que querían sostener á Hastings. En abril, los varios capítulos de acusación fueron entregados en la secretaría de la cámara de los Comunes. Burke, encargado de extenderlos, lo había hecho con singular talento; pero su relación se parecía demasiado en la forma á un libelo. La cámara mandó dar á Hastings una copia de aquel importante escrito, manifestándole al propio tiempo, que si lo creía acertado, podía venir á defenderse.

Hastings se presentó en efecto; pero también allí le persiguió la fatalidad que no le abandonaba desde su llegada á Inglaterra. Una improvisación elocuente, animada, le hubiera salvado; un discurso escrito debía arruinarle. ¡Si á lo menos hubiese leído una defensa breve y concisa! pero leyó, por el contrario, una relación excesivamente larga. Cuando hubieron satisfecho su curiosidad, cuando se saciaron de contemplar el aspecto y garbo de un extranjero tan ilustre, los diputados abandonaron la cá-

mara, dejando á Hastings referir hasta media noche su fastidiosa é interminable historia á los secretarios y huyeres.

Terminados los preparativos, Burke, á principios de junio, sometió á la discusión de la cámara la acusación relativa al asunto de los Rohilla: acto de hábil político, porque Dundas había propuesto anteriormente y la cámara adoptado una resolución que reprobaba de un modo severo la conducta de Hastings respecto á Rohilcund. Á pesar de este antecedente, Dundas se opuso á la proposición de Burke; Pitt no habló, pero votó con Dundas, y Hastings fué absuelto por ciento diez y nueve votos contra sesenta y siete.

Desde entonces se creyó seguro de la victoria. Entre todas las acciones que sus acusadores le reprendían, la más grave sin duda era la guerra de los Rohilla. El tribunal de los directores, la cámara de los Comunes y Dundas la habían reprobado; y sin embargo, en aquel campo, tan bien escogido, sucumbió Burke.

Nadie esperaba que triunfase en otro. En los clubs y en los sitios públicos corría la voz de que se someterían al voto de la cámara uno ó dos capítulos más de acusación, y que la oposición, en viendo que apoyaba al acusado la misma mayoría, no pasaría adelante. En seguida Hastings sería elevado á la dignidad de par y nombrado caballero de la orden del Baño: se le admitiría en el consejo privado, y auxiliaría con sus talentos y experiencia al consejo de la India. Había elegido ya su título; en adelante se llamaría lord Daylesford; pues á pesar de las extrañas vicisitudes de su fortuna, conservaba siempre el primer sueño de su ambición, un vivo afecto á aquellos lugares, testigos de la grandeza y decadencia de su familia.

Sueños que pocos días bastaron para disiparse. El 13 de junio, Fox presentó el capítulo de acusación referente á Scheite Sing: Francis habló luego en el mismo sentido. Los amigos de Hastings parecían triunfantes, cuando Pitt se levantó, sostuvo al principio que el gobernador general había tenido razón en exigir del radja de Benares socorros pecuniarios, y en castigar su negativa con una multa; alabó mucho el valor y la prontitud de Hastings durante la insurrección; censuró amargamente la conducta de Francis en la India y en el parlamento, calificándola de poco honrada y de malévolá; pero con sorpresa de todos los partidos, acabó confesando que la multa impuesta á Scheite Sing había sido excesiva; y por esta sola causa, sin que en todo lo demás cesase de elogiar la conducta de Hastings, declaró Pitt que apoyaba la proposición de Fox.

El asombro general fué tanto mayor cuanto que, veinticuatro horas ántes, los ministeriales habían recibido de la tesorería órdenes en sentido opuesto; pero pronto se supo que aquella misma mañana Dundas había estado hablando muchas horas con Pitt, y que los dos ministros

habian resuelto abandonar al gobernador general á la venganza de la oposicion. El mas poderoso ministerio no hubiera logrado que todos sus partidarios cambiasen de opinion de un dia á otro, sin razones evidentes, sin motivos plausibles. Algunos empleados públicos, el procurador general, Grenville y lord Mulgrave votaron contra Pitt; pero ciento diez y nueve votos contra setenta y tres sostuvieron la proposicion de Fox.

Guillermo Wilberforce, ese grande y excelente hombre, referia á menudo los acontecimientos de aquella noche memorable, el asombro de la cámara, las amargas reflexiones de los defensores ordinarios del gobierno, la especie de vergüenza experimentada por el primer ministro. Pitt conoció que su conducta requería una aclaracion, y dejando el banco de la tesorería, fué á sentarse junto á Wilberforce, y en íntima conversacion le declaró que su conciencia no le permitia defender mas tiempo á Hastings. Wilberforce le creyó, y quedó convencido de la injusticia de las sospechas engendradas por este misterioso asunto: sospechas que siento recordar.

Algunos amigos de Hastings, entre ellos muchos diputados ministeriales, afirmaban que la envidia era el único motivo de la determinacion tan imprevista de Pitt y de Dundas. Hastings gozaba el particular favor del rey; era el ídolo de la Compañía de la India Oriental y de sus agentes. Absuelto por los Comunes, creado par del reino, nombrado individuo del consejo privado, ligado con un ministro tan hábil é imperioso como Thurlow, ¿no podia llegar á ser un rival formidable en el gabinete? Al contrario, si era acusado en la cámara de los Comunes, cesaba de inspirar temor; el proceso, aunque concluyese en su favor, duraria evidentemente muchos años; entretanto el acusado sería excluido por fuerza de todos los empleos públicos, y no osaria presentarse en la corte. A esto atribuyó la opinion pública el temor del jóven ministro, cuya pasion dominante era la avaricia del poder.

Una próroga del parlamento suspendió las actuaciones; pero al año siguiente Sheridan desarrolló el capítulo de acusacion relativo al despojo de las begum. Su instancia, que por lo mal reimpresa pudiera considerarse como enteramente perdida, fué la mas notable de todas las producciones de su ingenio.

Ningun discurso ha causado jamas tanta impresion. Cuando Sheridan se sentó, toda la asamblea prorumpió en aplausos y aclamaciones; ningun otro orador pudo hacerse oír; veinte años despues, Windham y Fox declaraban aun que el discurso de Sheridan, á pesar de algunos errores, era el mas bello y elocuente que se habia pronunciado ante el parlamento inglés. Continuando la discusion, los amigos de Hastings no trataron siquiera de resistir. Pitt se declaró favorable á la propuesta de Sheridan, y ciento setenta y cinco votos contra

sesenta y ocho admitieron aquel nuevo capítulo de acusacion.

Desde aquel dia la mayoría de la cámara de los Comunes aprobó, casi sin discusion, una serie de cargos, pertenecientes los mas de ellos á los arreglos pecuniarios. Se detuvo por último en el vigésimo, encargando á Burke que acusase ante la cámara de los lores al último gobernador general por su mala conducta y sus grandes crímenes (*high crimes, and misdemeanours*). Al mismo tiempo se prendia á Hastings y se le llevaba ante la cámara de los pares; pero debiendo terminar la legislatura dentro de diez dias, el proceso se aplazó necesariamente hasta el año entrante, y Hastings, previa fianza, fué puesto en libertad.

No bien se reunió el parlamento, los Comunes nombraron una comision acusadora, compuesta de los principales individuos de la oposicion, presididos por Burke. La candidatura de Francis habia causado un violento tumulto. Windham sostuvo enérgicamente que la imparcialidad, primer deber de un juez, no era necesaria á un abogado; pero la mayoría de la cámara creyó poco conveniente elegir como acusador público al enemigo personal del acusado, y excluyó á Francis.

Los preparativos del proceso habian continuado activamente, y el 13 de febrero de 1788 celebró el tribunal su primera reunion. Ha habido sin duda espectáculos mas magníficos y deslumbrantes que el que presentaba entonces Westminster; pero ningun proceso ha debido producir jamas tan viva impresion sobre las almas grandes, sobre las imaginaciones ardientes, pues reunia cuantas clases de interes pueden ofrecer todos los tiempos y países. El parlamento constituido en supremo tribunal iba á juzgar, segun las formas usadas en la época de los Plantagenet, á un Inglés acusado de actos tiránicos, ejercidos contra los soberanos de la ciudad santa de Benares y las mujeres de la régia casa de Uda.

Teatro digno de tal espectáculo era la gran sala de Guillermo el Rojo; la sala que habia resonado con alegres aclamaciones en la coronacion de treinta reyes; que habia oído pronunciar la justa condena de Bacon y la justa absolucion de Somers; donde la elocuencia de Strafford habia inspirado por un instante cierto respeto y casi remordimiento á sus enemigos victoriosos é irritados; donde Carlos se habia presentado al supremo tribunal de justicia con aquel noble valor que hizo tal vez olvidar sus culpas.

Todas las pompas civiles y militares se desplegaban interior y exteriormente. Filas de granaderos protegían las entradas; la caballería tenia distante á la multitud; los pares cubiertos de oro y armiño eran introducidos por heraldos; los jueces asistian con traje de ceremonia para exponer su dictamen en las cuestiones de derecho. Ciento sesenta lores, casi todos los individuos de la cámara de los Comunes, se

habian dirigido en solemne procesion desde el sitio ordinario de sus sesiones hasta el tribunal, llevando á la cabeza al mas jóven de los barones presentes, lord Heathfield, eunoblecido recientemente á consecuencia de su memorable defensa de Gibraltar contra las escuadras y los ejércitos coligados de Francia y España. Cerraban la comitiva el duque de Norfolk, conde mariscal del reino; los grandes dignatarios, los hermanos y los hijos del rey, y por último el príncipe de Gales, cuya belleza y noble estatura excitaban la admiracion universal. En lo interior, tapices de terciopelo encarnado cubrian las paredes. Inmensas galerías contenian á cuantas personas eran nombradas á la sazón por su gracia, su hermosura, su talento ó su ciencia en una nacion grande, libre, ilustrada y próspera. Los jóvenes herederos de la casa de Brunswick rodeaban á la reina. Los embajadores de todas las monarquías y repúblicas de Europa contemplaban admirados aquel magnífico cuadro, que ninguna otra nacion libre hubiera podido presentar. Siddons, en la flor de su majestuosa belleza, experimentaba cierta emocion al asistir á tal espectáculo. El historiador del imperio romano pensaba en los dias en que Ciceron defendia la causa de Sicilia contra Verres, y en aquellos en que Tácito, ante un Senado que conservaba todavía algun resto de su pasada independencia, maldecia al opresor del África. En la misma tribuna estaban, uno junto á otro, el pintor y el erudito mas insignes de la época, Reynolds y Parr. Mas lejos atraían todas las miradas los voluptuosos éncantos de la seductora hermosura, á quien el heredero del trono habia empeñado secretamente su palabra. Mas allá, entre las damas cuya elocuencia, mas persuasiva que la de Fox, habia hecho triunfar la eleccion de Westminster, á pesar de la corte y la tesorería, brillaba como una estrella, circundada de otras estrellas, la bella Georgina, duquesa de Devonshire.

Por intimacion de los hugieres, Hastings se adelantó y arrodilló. El acusado merecia ciertamente aquel auditorio: habia gobernado un reino extenso y populoso, hecho leyes y tratados, coronado y depuesto soberanos. Los que le habian temido, los que le habian amado, los que le odiaban, no podian negarle sino un solo título de gloria; la virtud. Desde que entró en la sala, todos los ojos se fijaron en él; no era un gran delincuente, sino un grande hombre que comparecia. Cuerpo débil, delicado y flaco; porte digno; frente alta; fisonomía pensadora y grave sin aspereza ni austeridad; boca que indicaba un carácter inflexible; aspecto pálido y fatigado, pero sereno, en el que se leía claramente, como al pie del retrato colocado en la sala del consejo de Calcuta: *Mens æqua in arduis*: tal apareció el gran procónsul al presentarse á sus jueces. Iba acompañado de sus consejeros abogados que debian en lo sucesivo, por su talento y doctrina, elevarse á

las primeras dignidades de su profesion: Law, Dallas y Palmer.

Pero, mas aun que el acusado y que sus consejeros, llamaban la atencion del público los acusadores. En medio de aquellos tapices de brocado y terciopelo, habia un espacio adornado con escabeles verdes y mesas para los individuos de la cámara de los Comunes. La comision, con Burke á la cabeza, toda de gran gala, verificó su entrada solemne. Se notó que Fox no iba desaliñado, como tenia de costumbre. Pitt no hubiese querido figurar en el procedimiento; los años y su ceguera impedían á lord North prestar á sus amigos el poderoso auxilio de su juicio profundo, de su criterio y de su urbanidad; pero, no obstante la ausencia de aquellos dos individuos de la cámara de los Comunes, nunca, desde el siglo de la elocuencia ateniense, semejante auditorio habia visto tan gran número de ilustres oradores empeñados en la misma causa, el Demóstenes y el Hipérides británicos, Fox y Sheridan, Burke, Windham, y el conde Carlos Grey.

Dos dias duró la lectura de los artículos de acusacion y de las respuestas del acusado. Al tercero se levantó Burke á hablar. Su discurso, que contenia la exposicion general de todos los cargos, ocupó cuatro audiencias. Al principio describió con incomparable profusion de ideas y brillantez de elocuencia el carácter y las instituciones de los pueblos de Asia; refirió la historia de la fundacion del imperio inglés en la India; analizó la constitucion de la Compañía y de las diversas presidencias. Despues, examinando uno á uno los actos de la administracion de Hastings, probó que eran contrarios á los principios de la moral y á los preceptos de la ley. Su energia y fuego arrancaron al mismo canceller involuntarias aclamaciones de admiracion, y hasta el acusado, á pesar de su firmeza, parecia participar de la emocion general. Las bellas de las galerías agitaban sus pañuelos y aspiraban esencias; se oían sus sollozos, y mistrees Sheridan se desmayó. Finalmente, el orador, con una voz capaz de conmovier el viejo techo de encima de Westminster-Hall, concluyó así su discurso: « Los Comunes de la Gran Bretaña me han encargado, pues, acusar á Warren Hastings de los mayores crímenes y delitos. Y yo le acuso en nombre de los Comunes de Inglaterra, á cuya confianza ha faltado; en nombre de la nacion inglesa, cuyo antiguo honor ha contaminado; en nombre del pueblo de la India, cuyos derechos holló, cuyas fértiles comarcas convirtió en horrible desierto; en nombre de la misma naturaleza humana, en nombre de los dos sexos, en nombre de todas las edades, de todas las clases, acuso á su enemigo, á su opresor comun. »

Repuesta la asamblea de su conmocion, se levantó á hablar Fox, discutiendo sobre la manera de proceder. Los acusadores querian que el tribunal juzgase uno á uno los capítulos de acu-